

Laborem Exercens: Encíclica del diálogo y de la confianza renovadores ¹

Los artículos que voy a dedicar a la *Laborem Exercens* responden a «la impresión de que es un documento que hace falta airear y estudiar, pues muchos que fomentan otras presencias e intervenciones del Papa tienen interés

1. De entre la ya abundante bibliografía sobre esta encíclica anotaré solamente aquellos libros y artículos que yo he controlado personalmente: BUTTIGLIONE, R., *L'uomo e il lavoro. Riflessioni sull' enciclica Laborem Exercens*, CSEO, Bologna 1982; AA.VV., *Il lavoro per l'uomo*, Pontificia Università Lateranense, Roma 1982; AA.VV., *Laborem Exercens, L'enciclica sul lavoro nel commento di...*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano, 1981; SPIAZZI, R., *L'enciclica sul lavoro. Laborem Exercens*, Massimo, Milano 1981; MATTAI, G., *Lettera enciclica Laborem Exercens di Giovanni Paolo II*, Paoline, Roma 1981; TISCHNER, J., *Etica del lavoro*, CSEO, Bologna 1982; CHAPPETTA, *Il lavoro umano*, Dehoniane, Napoli 1982; AA.VV., *Juan Pablo II y la justicia Social*, Razón y Fe, Madrid 1982; *Iglesia Viva*, n. 97-8, enero-abril 1982 al igual que *Sal Terrae* 70 (1982/1) dedican los números indicados a la encíclica; FERRARI TOGNILOLO, «Soggettività del lavoro e proprietà»: *L'Osservatore Romano* 24.XI.1981; SCHOTTE, J., HOFFER, J., HECKEL, R., CHARBIER, F., SPIAZZI, R., FERRARI TOGNILOLO, A., QUADRI, B., comentan la encíclica en la edición española de *L'Osservatore Romano* n. 39 y 44; además aquí se encuentra una amplia bibliografía sobre la encíclica; MARTINI, Mons. C.M., «Cristo, l'uomo del lavoro. In margine all'enciclica sul lavoro»: *L'Osservatore Romano*; HECKEL, R., «Continuità e rinnovamento (in margine all'enciclica sul lavoro)»: *L'Osservatore Romano* 18.IX.1981; REINA, M., «Per una introduzione all'enciclica Laborem Exercens»: *Aggiornamenti Sociali* 32 (1981) 651-676; GALEAZZI, G., «Temi maritainiani nella Laborem Exercens»: *Aggiornamenti Sociali* 32 (1981) 741-752; BASSETTI, «Responsabilità imprenditoriale e politica alla luce della «Laborem Exercens»: *Aggiornamenti Sociali* 33 (1982) 101-107; FERRARI, G., «Aspetti teologici dell'enciclica Laborem Exercens»: *Aggiornamenti Sociali* 33 (1982) 667-676; ANTOLI, M., «Reflexiones en torno a la Laborem Exercens»: *Anales Valencinos* 8 (1982) 195-227; SORGE, B., «Il Vangelo del lavoro»: *La Discussione* 21.IX.1981, 39; SUÁREZ CORUJO, E., «A propósito de la Laborem Exercens: El hombre libre en el tiempo libre»: *Ciencia Tomista* 73 (1982) 525-538; CHENU, «Le travail par l'homme. Creation en acte»: *Temoinage Chrétien*, Settembre 1981, 15; PIRES LÓPES, F., «O trabalho na doutrina social da Igreja. A Laborem Exercens: síntese e comentario»: *Broteria* 113 (1981) 363-389; TISCHNER, J., «Wieder die Pathologie der Arbeit»: *Academia*, Dezember 1981, 12; GUALERNI, G., «Continuità nel mutamento. Aspetti profetici nella Laborem Exercens»: *Realtà Sociale* 1981/7, 12-15; CAPACCIONI, A., «L'idea polaca del lavoro»: *Rocca* 1981/22, 46; NELL-BREUNING, O, v., «Ist Laborem Exercens laboristisch»: *Stimmen der Zeit* 200 (1982) 619-626; Id., Die Gewerk-

especial de cubrir de silencio esta encíclica»². Concretamente han sido bastante comentadas sus intervenciones sobre el matrimonio y la familia, temas en los que el Papa «tiende a potenciar más los aspectos conservadores que los renovadores», «silenciando al mismo tiempo su clara opción «por la justicia social y la solidaridad con el hombre, donde es más avanzado y hasta revolucionario»³, convirtiendo «al documento papal en una aportación definitiva y fundamental al pensamiento social de la doctrina del Magisterio de la Iglesia»⁴.

La *Laborem Exercens* significa la restauración del ritmo de documentos sociales que han venido sucediéndose en los últimos treinta años del Magisterio: 1961 *Mater et Magistra* de Juan XXIII; 1963 *Pacem in Terris* del mismo Juan XXIII; 1965 *Guadium et Spes* del Vaticano II; 1967 *Populorum Progressio* de Pablo VI; 1971 Sínodo de los Obispos sobre la justicia en el mundo; 1971 *Octogesima Adveniens* de Pablo VI y, después de una interrupción de

schaften in Laborem Exercens»: *Stimmen der Zeit* 200 (1982) 532-538; TALIERCIO, G., «Il primato dell'uomo nella Laborem Exercens»: *Palestra del Clero* 61 (1982) 101-110; ID., «Il primato della Laborem Exercens»: *Palestra del Clero* 61 (1982) 174-183; ID., «Il diritto di proprietà nella Laborem Exercens»: *Palestra del Clero* 61 (1982) 1228-1235; ID., «Originalità cristiana del diritto di proprietà»: *Palestra del Clero* 61 (1982) 1507-1513; ID., «Il diritto al riposo nella Laborem Exercens»: *Palestra del Clero* 61 (1982) 678-688; ID., «Il diritto «alla» proprietà»: *Palestra del Clero* 62 (1983) 97-104; ID., «Il diritto di associazione nella Laborem Exercens»: *Palestra del Clero* 62 (1983) 224-240; EDITORIALE, «Scoprire i nuovi significati del lavoro umano»: *Civiltà Cattolica* (1981/IV) 10; CAMACHO, I., «Desde dónde leer la Laborem Exercens»: *Proyección* 29 (1982) 117-131; ID., «Laborem Exercens. ¿Qué sistema económico?: *Proyección* 29 (1982) 199-210; LEDURE, Y., «L'encyclique de Jean-Paul II sur le travail humain»: *Nouvelle Revue Théologique* 105 (1983) 218-227; BIANCHI, G.-SALVI, R., «La coscienza operaia «di fronte» alla Laborem Exercens»: *Rivista di Teologia Morale* 15 (1983) 101-230; LORENZETTI, L., «Rapporto dialettico tra valori sociali e sistemi socio-economici»: *Rivista di Teologia Morale* 13 (1981) 615; AA. VV., «Encyclique de Jean Paul II sur le travail humain»: *La foi et le Temps* (1983/1) 3-51; EDITORIALE, «Dalla «Rerum Novarum» ad oggi. Un'enciclica che deve continuare ad'essere scritta»: *Civiltà Cattolica* (1981) 345-357; GATTI, G., «Il lavoro umano. Guida a una lettura dell'enciclica Laborem Exercens di Giovanni Paolo II»: *Catechesi* (1982/9) 33-41; SCHASCHING, J., «L'uomo e il lavoro. Dalla «Rerum Novarum» alla Laborem Exercens»: *Rassegna di Teologia* 23 (1982) 1-9; SOARES FILHO, J., «O trabalho humano à luz da enciclica Laborem Exercens»: *Revista Eclesiástica Brasileira* 42 (1982) 528-550; HIGUERA, G., «Sed solidarios». El pensamiento social de Juan Pablo II en España»: *Sal Terrae* 70 (1982) 767-780; J. GOROSQUIETA, «Laborem Exercens: ¿continuidad o profunda novedad?»: *Sal Terrae* 69 (1981) 3-15; EDITORIAL, «Trabajo humano»: *Razón y Fe* 101 (1981) 326; MAUGENEST, D., «Quel enseignement social de l'Eglise? Trois raisons d'une attente»: *Cahiers d'Actualité Religieuse et Sociale* 234 (1981) 617-623; 225 (1981) 657-663; 237 (1981) 713-718; VALLIN, P., «Origines et enjeux de l'enseignement social de l'Eglise»: *Choisir* 262 (1981) 8-15; GIMBERNART ORDEIG, J. A., «El significado socio-político en la encíclica sobre el trabajo de Juan Pablo II»: *Arbor* 432 (1981) 19-20;

2. «Presentación»: *Iglesia Viva* n.º 97-98 (1982) 5.

3. AA. VV., *Juan Pablo II y la justicia social*, Razón y Fe, Madrid 1982, 3.

4. VELASCO, D., «Reflexión crítica sobre el socialismo real»: *Iglesia Viva* n.º 97-98 (1982)

diez años de enseñanza magisterial en la forma de encíclica Juan Pablo II nos ha presentado la *Laborem Exercens*.

La encíclica L.E. es como la conclusión de una serie de discursos, pronunciados por Juan Pablo II en sus numerosos viajes, especialmente en Méjico, Polonia, Brasil, etc. Escrita originariamente en polaco, cuya traducción oficial al latín se hizo posteriormente, está dirigida no solamente al mundo católico, sino a todos los hombres de buena voluntad ⁵.

Se señala que una característica, quizás única en este género de documentos, es que esta encíclica ha sido totalmente redactada por el Papa, como se trasluce en las manifestaciones culturales, estilo y experiencia personal del trabajador que fue Juan Pablo II bajo un sistema socialista; y más claramente lo afirma en uno de los números de la L.E.: «Este documento que había preparado para ser publicado el pasado 15 de mayo, en el aniversario de la encíclica *Rerum Novarum*, he podido revisarlo definitivamente sólo después de mi estancia en el hospital» ⁶.

El desarrollo de su pensamiento, al igual que la *Redemptor Hominis*, es poco sistemático, con un método repetitivo y elicoidal, que vuelve como a on-dadas sucesivas sobre el tema central, aunque desde perspectivas diversas y complementarias, lo que prohíbe aislar frases sueltas que pudieran convertirse en enunciados de temas. Más bien está pidiendo la contemplación del tema central desde diversas perspectivas ⁷.

No sigue un estilo prevalentemente teórico que pretendiera ofrecer una respuesta precisa a un determinado problema doctrinal; ni elabora un proyecto social ideológicamente preciso y coherente, sino que la encíclica es presentada con un estilo típico que se mueve entre la *llamada-recuerdo* de la dignidad del hombre, la *denuncia* profética de la violación de dicha dignidad y la *orientación* por encima de toda ideología particularista ⁹. Es un estilo muy

5. TALIERCIO, G., «Il primato dell'uomo nella Laborem Exercens»: *Palestra del Clero* 61 (1982) 101.

6. Laborem Exercens n.º 27, que en lo sucesivo citaré LE.

«Al presentar la encíclica en Roma, Mons. Schotte destacó la labor personal del Papa en su redacción. Sólo cuando ésta había terminado, Juan Pablo II presentó el texto a algunos especialistas. Sabido es, en cambio que RN contó —a lo largo de sus ocho proyectos— con la colaboración previa de los PP. Liberatore, S. J. y Zigliara, OP. Asimismo conocemos los inspiradores de la QA, MM y PT en sus etapas iniciales. El texto de GS pasó por muchas manos antes de ser aprobado en el aula conciliar (SANZ DE DIEGO, R de, «Lo nuevo de Laborem Exercens»: AA.VV., *Juan Pablo II y la justicia social*, Razón y Fe, Madrid 1982, 9 nota 6).

7. CAMACHO, I., «El socialismo en la Laborem Exercens»: AA.VV., *Juan Pablo II y la justicia social*, Razón y Fe, Madrid 1982, 49.

9. GATTI, G., «Guida a una lettura dell'enciclica Laborem Exercens di Giovanni Paolo II»: *Catechesi* (1982/9) 39-40; o como dice BELDA, R., «¿Cuál es la principal aportación doctrinal de la encíclica Laborem Exercens?»: *Iglesia Viva* n.º 97-8 (1982) 15: «La encíclica Laborem Exer-

personal «denso, concéntrico, reiterativo..., no lineal, ni cartesiano, ni occidental, tanto que al lector latino le exige un esfuerzo de exégesis¹⁰; «es un estilo difícil, difuso y poco ordenando. Está llena de repeticiones y de ideas que se dejan incompletas (para introducir temas secundarios), pero que luego se vuelven a retomar en contextos diferentes»¹¹.

A lo largo de la encíclica no se repiten los enérgicos pronunciamientos de Puebla.

Recordaré brevemente que la encíclica se articula en cinco partes:

1. Introducción y primera parte, en las que presenta la problemática del trabajo humano, recordando su actualidad y centralidad respecto a toda la cuestión social. El trabajo como clave de lectura de la cuestión social.

2. La segunda parte reviste un carácter ético-axiológico, partiendo de una lectura original de los dos primeros capítulos del Génesis. Al lado de la di-

cens es un documento de difícil interpretación. Incluso puede producir la impresión de que adolece de algunas contradicciones internas».

«La encíclica no presenta ni quiere presentar una determinada *ideología política*, en cuanto que la ideología supone una visión precisa, rigurosa y coherente de la realidad humana sea personal o sea social, en cuanto que supone un *proyecto definitivo y orgánico de sociedad* derivado de esa visión y que sirve de soporte a un movimiento concreto político-social al que dicta los objetivos y cuya estrategia condiciona. No quiere ser una ideología en cuanto que la ideología es algo preciso y coherente, un pensamiento totalitario y omnicomprendivo a servicio de una acción igualmente totalitaria y que para todo tiene respuesta». Esta posición frente a cualquier ideología es una clave fundamental para la interpretación de la encíclica (GATTI, G., a.c., 35).

10. SANZ DE DIEGO, R. M., «Lo nuevo de *Laborem Exercens*»: AA.VV., *Juan Pablo II y la justicia social*, Razón y Fe, Madrid 1982, 8. Con relación a las citas añade: «Prescindiendo de la forma de argumentar o de redactar, hay un detalle en apariencia nimio que estimo relevante: me refiero a las autoridades que se citan a pie de página. La tradición del magisterio pontificio era parca en este aspecto: casi solamente se aducían citas bíblicas, del magisterio anterior o de Santos Padres y Doctores de la Iglesia. *Gaudium et Spes* introdujo en sus notas una alusión a la *Vita e opere di Galileo Galilei* de Mons. Pio Paschini. *Populorum Progressio* está enriquecida con alusiones a una decena de autores, en su mayoría contemporáneos. Era un reconocimiento explícito a la luz que los teólogos, pensadores y especialistas prestaban a la tarea magisterial del pontífice, a la vez que un exponente de la amplitud cultural de Pablo VI.

«Las citas directas de LE están reducidas a tres grandes apartados: la Biblia —Génesis y Pablo sobre todo—, el Concilio Vaticano II —GS especialmente— y Santo Tomás. Fácilmente hubiesen cabido alusiones a la doctrina social anterior —hay alguna cita aislada— a los Santos Padres, a las Reglas de las Órdenes Monásticas —que tanta importancia atribuyeron al trabajo— o a autores contemporáneos, Teilhard de Chardin por ejemplo. *Pero el bagaje cultural de la encíclica es deliberadamente parco*. Es obvio que no se debe a ignorancia del autor, profesor universitario, que además podría haber sido ayudado en esta tarea y que ciertamente conoce a estos autores y depende de ellos. En mi opinión esta reducción de citas está pretendida. El Papa se quiere presentar ante el mundo con el bagaje de un creyente esencialista, que proclama ante el mundo el gozo de su fe sin aditamentos. La Iglesia —afirmará Juan Pablo II— deduce sus convicciones «sobre todo de la Palabra de Dios revelada», aunque toma también en consideración a las ciencias humanas. ¿Se puede adivinar aquí una novedad metodológica?

11. GARCÍA, M., «Conceptos claves de la *Laborem Exercens*»: AA.VV., *Juan Pablo II y la justicia social*, Razón y Fe, Madrid 1982, 23.

mensión objetiva o ético-eficientista del trabajo, presenta también su dimensión subjetiva, como expresión y autorrealización del hombre, donde sostiene el primado de la dimensión subjetiva del trabajo sobre su dimensión objetiva.

3. La tercera parte ilustra las diversas formas históricas de alienación del trabajo humano y la reificación del hombre en el trabajo. Denuncia las insuficiencias del materialismo economicístico y también del dialéctico. Igualmente denuncia las contradicciones del capitalismo y del colectivismo.

4. La cuarta parte expone los derechos concretos de los hombres del trabajo, en función de la defensa del carácter personal y ético del trabajo mismo.

5. La última parte, que es como el coronamiento de las anteriores y desarrollo especialmente de la segunda parte, comenta algunos textos bíblicos sobre la espiritualidad del trabajo como espiritualidad de encarnación, con particular atención a la dimensión creatural, crística, pascual y escatológica del trabajo ¹².

I. CLAVE INTERPRETATIVA: CONFIANZA EN EL PENSAMIENTO CRISTIANO SOBRE EL TRABAJO

La clave interpretativa con que leemos una realidad o un documento influye poderosamente en el juicio conclusivo que pronunciaremos sobre la una o sobre el otro. Pues bien, tratándose de la *Laborem Exercens*, la diversidad de claves interpretativas ha conducido a estos dos juicios marco: Algunos, que se autodenominan «vaticanistas» han sostenido que el título más acertado de la encíclica habría sido el de «*Rerum vecchiarum*», aludiendo a la *Rerum Novarum* de León XIII, cuyo nonagésimo aniversario conmemora la *Laborem Exercens*, porque consideran que carece de toda novedad doctrinal no contenida en documentos anteriores; otros sostienen que en ella se da una ruptura intencionada con el magisterio social anterior de la Iglesia, ruptura operada desde el momento en que parte del hombre y del valor de la dimensión subjetiva del trabajo para enjuiciar todas las realidades económico-sociales.

Entre estas dos interpretaciones marco pupulan otra serie de corrientes intermedias: Es una encíclica valiente que aborda con libertad de expresión problemas desacostumbrados para la «circunspección clerical», como la lucha de clases, la socialización de los medios de producción, el movimiento obrero, la planificación, la autonomía de los sindicatos etc., es una encíclica que supera la línea del interclasismo, que era constante en la doctrina social de la Iglesia, para aconsejar la abolición de las clases; a diferencia de los documentos

12. GATTI, G., «Guida a una lettura dell'enciclica *Laborem Exercens* di Giovanni Paolo II»: *Catechesi* (1982/9) 33-34.

anteriores es una encíclica profundamente enraizada en la visión bíblica y teológica del hombre y del mundo y hasta se ha intentado identificar la encíclica con las propias ideas sobre el uno o el otro sistema económico: capitalismo y socialismo ¹³.

Actitud general ante los socialismos

Yo prefiero leer la encíclica desde la preocupación, generalizada y a veces angustiada, de la relación de los cristianos con los diversos socialismos, provenientes de la ideología marxista. Ciertamente sería equivocado sostener que la doctrina social de la Iglesia haya nacido con la pretensión de combatir la ideología marxista... Sin embargo no puede negarse que entre aquélla y ésta se da una relación de tipo dialéctico, lo cual es muy comprensible, ya que ambas, tanto la doctrina social de la Iglesia como la ideología marxista, se presentan ante las aspiraciones del mundo obrero, como alternativas irreconciliables. Además la encíclica utiliza con alguna frecuencia conceptos o vocablos de corte acusadamente marxista como concepto del trabajo ¹⁴, proletarización ¹⁵, planificación global ¹⁶, concepto de capital ¹⁷, lucha de clases ¹⁸ etc.

Pues bien, esta relación dialéctica entre doctrina social de la Iglesia e ideología marxista va modificándose profundamente a lo largo de las páginas de la encíclica. La ideología marxista aparece frecuentemente en la encíclica, aunque no como que el único, el gran sistema a destruir lo fuera el proveniente de dicha ideología, sino en cuanto que es una manifestación o encarnación concreta y real de unas formas de pensar más generales y universales: el economicismo y el materialismo. Formas de pensar que, por lo mismo que son universales, no se encarnan solamente en el marxismo, sino también en la ideología liberal y en los respectivos movimientos emanados de ambas ideologías: colectivismo y capitalismo.

Este diálogo implícito que mantiene la encíclica con el marxismo es el que permite a un sindicalista valenciano afirmar que «los conceptos expresados en la encíclica *Laborem Exercens* me dan la impresión de ser pura teoría marxista» ¹⁹; y prosigue J. Domínguez: «Nada más empezar, me sorprendieron las numerosas coincidencias y convergencias entre la encíclica y los textos de la «nueva izquierda». «Estimo que repensar las exigencias del Evangelio y la

13. SPIAZZI, R., *L'enciclica sul lavoro Laborem Exercens*, Massimo, Milano 1981, 10-14.

14. LE n.º 7, 8 y 11, 3.º.

15. LE n.º 8, 5 y 6.º.

16. LE n.º 18.

17. LE n.º 12 y 13.

18. LE n.º 2, 4.º; 8, 2.º; 11, 4.º.

19. CAMACHO, I., «Desde dónde leer la *Laborem Exercens*»: *Proyección* 29 (1982) 117.

Tradición cristiana desde las alternativas de la «nueva izquierda» y éstas desde el Evangelio y la Tradición cristiana, es un método eficaz para salir de la atonía y de la crisis de esperanza que nos invade; para estimular la creatividad de los militantes cristianos; para aportar soluciones constructivas al paro, al desempleo crecientes en las sociedades postindustriales; para superar la crisis de militancia. Las revistas de pensamiento y los teólogos podrían prestar un gran servicio en esta línea a las bases eclesiales». Y concluye: «Las coincidencias y convergencias podrían sintetizarse en tres bloques: el personalismo como principio ético fundamental para criticar los sistemas capitalista y colectivista y para articular una alternativa superadora de ambos; la misma valoración crítica de las coincidencias objetivas del trabajo humano, tanto en las sociedades capitalistas como en las colectivistas; la convergencia entre la superación del capitalismo y del colectivismo actuales, que implican los principios éticos desarrollados por la encíclica y la alternativa que propone André Gorz: la organización del espacio social en dos esferas articuladas entre sí: la esfera de la necesidad o de la heteronomía, subordinada a la esfera de la libertad o de la autonomía»²⁰... Finalmente Gorosquieta, y por la misma razón, considera una novedad el que «por primera vez se contemple la posible evolución desde el colectivismo de Estado a la socialización»²¹.

Confianza serena frente a la ideología marxista

Parece como si Juan Pablo II en su reflexión, hecha pública en la encíclica, quisiera hacernos partícipes de la seguridad con que él encara el comunismo. Si bien en tiempos pasados pudo ser fundado el temor de que la doctrina social de la Iglesia saliera derrotada de tal confrontación, hoy carece de fundamentos razonables, debido al cambio de la situación. El Papa transmite su contagiante convicción de disponer de las armas necesarias y suficientes para conseguir la adhesión de cuantos desapasionadamente quieran seguir el camino trazado por la encíclica. La fuerza de su convicción es tal que no quiere el enfrentamiento pero sí que busca el diálogo²².

20. DOMÍNGUEZ, J., «Hombre y trabajo: el personalismo ético, principio de toda crítica. ¿Convergencia con la «nueva izquierda»?»: *Sal Terrae* 70 (1982/1) 31.

21. GOROSQUIETA, F., «La encíclica *Laborem Exercens* ¿continuidad o profunda novedad?»: *Sal Terrae* 70 (1982/1) 14.

22. UNCITI, M. de, «Primera aproximación a la encíclica»: *Iglesia Viva* n.º 97-98 (1982) 7-8; SEBASTIÁN AGUILAR, F., «Filosofía y teología del trabajo en la *Laborem Exercens*»: *Iglesia Viva* n.º 97-98 (1982) 37; TALIERCIO, G., «Il primato dell'uomo nella *Laborem Exercens*»: *Palestra del Clero* 61 (1982/3) 181: comparando la Octogesima Adveniens y la *Laborem Exercens* estima «es oportuno considerar la diversa perspectiva de cada uno de los documentos: *antropológica e histórica*, con especial atención a las ideologías contemporáneas la Octogesima Adveniens de Pablo VI; *religiosa, espiritual y profética* la *Laborem Exercens* que, en nombre del hombre, imagen de

Esta confianza encuentra su primer e inamovible fundamento en la fe ²³, pero hunde sus raíces en la experiencia histórica humana; porque las experiencias de la historia del movimiento obrero es interpretada por la encíclica como la proclamación sin ambages de que el movimiento marxista, en cuanto intento de responder y solucionar las aspiraciones del mundo obrero, es una etapa histórica ya perteneciente al pasado ²⁴.

¿Y cuáles son esos datos históricos en los que se apoya tal convicción? Se trata de una visión global del evolucionar de la historia del movimiento obrero.

La encíclica parece reconocer que la lectura de las aspiraciones del mundo obrero hecha por el comunismo está tan próxima a la verdad que podemos repetirla hoy. Consiguientemente el mundo obrero, identificado con la descripción de sus aspiraciones confeccionada por el comunismo, depositó en él su confianza en cuanto a la promesa de convertirlas en realidad en un futuro próximo. Nace así el mesianismo de la ideología marxista: el acierto de la lectura del presente se convirtió en garantía de veracidad de sus previsiones de futuro.

Sin embargo, tales promesas de futuro que, en los primeros años constituían una utopía atrayente y alcanzable a corto plazo, no se han realizado. Los años han pasado y el mesianismo primero decae y da paso a un declive que la encíclica parece estimar como imparable. Como que el mundo obrero, aunque lentamente, estuviera recuperando su autoconsciencia, después del sueño inducido por la ideología marxista, a la que ahora exige responsabilidades. La dura realidad de cada día está alimentando las sospechas de que el mesianismo marxista carece de todo fundamento real, no siendo más que una prerrogativa que la misma ideología marxista se ha otorgado abusivamente a sí mismo al presentarse como «portavoz de la clase obrera, de todo el proletariado del mundo» ²⁵.

La encíclica es contundente a este respecto: Las revoluciones inspiradas en el marxismo no pueden presentarse como alternativa válida, como supera-

Dios, ofrece el criterio de juicio sobre la economía contemporánea, e invita a los católicos a renovar su confianza en la fuerza y originalidad del Evangelio y en la fidelidad a su identidad de cristianos».

23. «Ojeando la *Laborem Exercens* llama la atención la abundancia de citas bíblicas: más de 100, distribuidas en 70 notas sobre un total de 91. Ello nos indica el matiz prevalentemente *religioso* de la encíclica sobre todo al compararla con la *Rerum Novarum* con solo 28 citas bíblicas, con la *Quadragesimo Anno* con 30 citas bíblicas, con la *Mater et Magistra* con 25 citas bíblicas y, especialmente, con la *Pacem in Terris* y la *Populorum Progressio* con apenas 13 citas bíblicas. Aún tiene menos la *Octogesima Adveniens*. Solamente 7 citas bíblicas» (TALIERCIO, G., «Il primato dell'uomo nella *Laborem Exercens*»: *Palestra del Clero* 61 (1982/3) 180).

24. BUTTIGLIONE, R., *L'uomo e il lavoro. Riflessioni sull'enciclica Laborem Exercens*, CSEO, Bologna 1982, 24, 86.

25. LE n.º 11.

ción del economicismo materialista dominante en el capitalismo e incompatible con la cosmovisión cristiana. Y no pueden serlo porque adolecen de los mismos defectos radicales del capitalismo: separación del trabajo y del capital y subordinación del trabajo al capital. Por ello concluye: «... es evidente que el materialismo, incluso en su forma dialéctica, no es capaz de ofrecer a la reflexión sobre el trabajo bases suficientes y definitivas, para que la primacía del hombre sobre el instrumento-capital, la primacía de la persona sobre las cosas, pueda encontrar en él una adecuada e irrefutable verificación y apoyo»²⁶, el materialismo marxista no llega a fundamentar una concepción de la persona «como sujeto del trabajo y causa eficiente del proceso de producción, sino como resultado de las relaciones económicas de producción predominante en una determinada época»²⁷. Por ello «... no se ve posibilidad alguna de superación del error economicista-materialista, si no se operan los cambios adecuados tanto a nivel de teoría como a nivel práctico, cambios que se orienten en la dirección de una decidida convicción del primado de la persona sobre las cosas, del trabajo del hombre sobre el capital, como conjunto de medios de producción»²⁸.

La historia del movimiento obrero en apoyo de esta convicción

Alberto Methol Ferré subdivide la historia del movimiento obrero en cuatro etapas, ateniéndose a sus momentos más significativos.

La primera etapa se abrió con la revolución de 1848. La inspiraba un modo de pensar explícitamente religioso, que apuntaba a realizar el ideal auténticamente cristiano. Las clases obreras orientaban sus reivindicaciones contra las condiciones inhumanas de la primera industrialización en nombre de la concepción cristiana del hombre. Su reflejo fue el primer socialismo de Bouchez y Weitling.

La segunda etapa la inauguraba la Comuna de París en 1871. Aunque con marca anárquica y fuertemente anticlerical, aún conservaba una serie de valores absolutos, como la justicia, la libertad y la solidaridad, que no pueden comprenderse fuera de una concepción religiosa. Se deja sentir el influjo del pensamiento anárquico de Proudhon, a quien Marx, en su libro sobre la miseria de la Filosofía, reprocha que, a pesar de ser anticlerical, su reacción anti-religiosa está subordinada a la concepción religiosa.

La tercera etapa se inicia con la revolución de octubre. Con ella el movimiento obrero se transforma en movimiento marxista y propiamente ateo, al

26. LE n.º 13.

27. LE n.º 13, 4.º.

28. LE n.º 13, 5.º.

menos en su alta dirección. Desde el marxismo se intenta la unificación de la clase obrera, creada por un capitalismo al que se considera en crisis. La unificación obrera, en cambio, no se consigue fácilmente y Lenin busca entonces la unificación política mediante la dictadura del proletariado, dominada por los intelectuales revolucionarios. Esta es la dictadura que se impone en octubre y que se mantiene, mediante el despotismo burocrático hasta nuestros días.

No obstante, la revolución de octubre comenzó a experimentar los sinsabores de su limitación y de su derrota ya desde el momento en que quiso transformarse, sin conseguirlo, en una revolución a escala europea primero y después mundial. Tal derrota o no avance, a nivel europeo y mundial, se debe a la incapacidad de la dictadura del proletariado de pensar y comprender las culturas y realidades de las diversas naciones. Porque el comunismo afirma, a nivel de tesis, que el mundo trabajador es productor de cultura. Pero se trata de una cultura objetiva, fruto del trabajo objetivo, que la producen los obreros con su trabajo, pero sin poder comprenderla ni interpretarla. La función interpretativa queda reservada a los jefes de la revolución, que son los conocedores del método revolucionario que es el marxismo-leninismo. De hecho Marx adjetiva de utópica la cultura del mundo obrero, centrada sobre la justicia, la verdad y la solidaridad como criterios de elección. Esta cultura ha de ser sustituida y para ello les propone una cultura objetiva, una cultura de la eficacia en la que no importa la valoración de los medios como tampoco la de los móviles que puedan empujar a los hombres a buscar el cambio, sino solamente la eficacia. Cuanto sea eficaz para conseguir el cambio deseado, hasta el mismo odio, es bueno y justo. Pero el mundo obrero se resiste al despojo de unos valores que vive connaturalmente y a la aceptación de los contravalores que se le proponen. Tal resistencia propicia la prepotencia de la dictadura del partido que, mientras proclama al pueblo como artífice de su cultura, le impone la producida por la ideología marxista..

Dos son los elementos fundamentales que permiten la permanencia dominante de la dictadura del proletariado: Por una parte la fuerza constringente y violenta del partido y, por otra, la incapacidad del mundo del trabajo para hacer triunfar su propia cultura y para realizar su unidad fuera del partido.

La cuarta etapa del movimiento obrero, siempre según Methol Ferré, se abre con la revolución de Danzig de 1980, precedida anteriormente por los intentos de la revolución húngara de 1956 y por la primavera de Praga de 1968. La revolución de Danzig apunta a la liberación de la dictadura marxista-leninista, reivindica una comprensión ética del trabajo que no encuentra en el pensamiento marxista.

La interpretación de esta etapa del movimiento obrero es bastante compleja. Se la considera como un esfuerzo de purificación del economicismo ma-

terialista, furtivamente introducido en el movimiento obrero por la ideología marxista; como recuperación de los valores de la dignidad de la persona humana, de la justicia y de la libertad; como un esfuerzo más por solucionar los problemas que la revolución de octubre había dejado sin solucionar, entre otros los fundamentales de la democracia, de la autogestión de las masas obreras y de la socialización. Revela que un elemento imprescindible de la democracia es una separación tal entre la dirección política y la cultural que permita la diversidad, y hasta oposición de grupos en el campo político, permaneciendo sin embargo unidos bajo un conjunto de valores culturales nacionales que crean un sentimiento de pertenencia a una historia común. La revolución polaca prueba que los valores del mundo obrero poseen la fuerza necesaria para poder dirigir su propia evolución histórica sin la intervención de la dictadura del partido y hasta para enfrentarse a la misma potencia armada del partido. Con la revolución polaca el mundo obrero recupera su misión de guía cultural y moral de la nación. La concepción ética del mundo obrero polaco, ayudada por una Iglesia profundamente arraigada en la realidad cultural polaca, consigue la victoria, o al menos, se enfrenta activamente a la concepción política del partido.

El mundo obrero polaco es sacado de la dispersión y unificado por la fuerza de las convicciones éticas en las que cree. Desde ellas no solamente pone de manifiesto el error fundamental del comunismo, es decir, su carencia de verdadero sentido ético, sino que también revitaliza el sentimiento nacional, porque, mientras el comunismo prácticamente desarbola el sentimiento nacional convirtiéndolo en sentimiento de clase obrera, la revolución polaca transforma la clase obrera en nación.

Y no es necesario indicar que la revolución polaca destierra el ateísmo marxista, para vivir las posiciones ético-religiosas que presidieron las primeras etapas del movimiento obrero ²⁹.

La encíclica parece asumir el hecho polaco no solamente como una realidad circunscrita históricamente a un tiempo y lugar, sino como un hecho tipo-ideal, es decir, cargado de significaciones y repercusiones universales. Tanto más cuanto que la Iglesia no ha propiciado tal levantamiento.

Hasta el hecho polaco el trabajador cristiano se veía como dividido por una doble fidelidad. Por una parte su fidelidad a la justa e irrenunciable participación en la liberación del hombre y a la gran solidaridad con el mundo obrero. Por la otra, su solidaridad con la comunidad de creyentes. Frente a esta situación, internamente dilacerante de todo obrero cristiano, la encíclica se

29. BUTTIGLIONE, R., o.c. 111ss., 48ss., 15ss.

hace eco del pensamiento de Methol Ferré: «En los últimos años, con las mejores razones —para la solidaridad con la clase trabajadora, para la solidaridad con los pobres— los cristianos han pensado que la única posibilidad real y eficaz de ayudar los pobres y al mundo obrero era el marxismo. Tal opción la han considerado necesaria para no perder el tren de la evolución histórica. Pero he quí que la clase trabajadora polaca, con su praxis colectiva no posee mayor eficacia histórica, ni una representación significativa ni necesaria para dicha clase, puesto que desvinculándose de la mitología marxista prosigue la lucha por sus propios derechos»³⁰.

Explicación racional de esta insuficiencia de la ideología marxista

Admitido que el marxismo ha leído acertadamente las aspiraciones del mundo del trabajo, su insuficiencia radica en la incapacidad operativa y eficaz para realizar las promesas de futuro que hacía. Aquí radica su debilidad: Carece de una verdadera antropología y filosofía transcendental del hombre, que le permita identificar la raíz de la que ha arrancado el despojo del trabajador de sus derechos humanos. No ha apoyado sus reivindicaciones en la dignidad humana, sino en una politización e ideologización del hecho económico, de las diferencias abismales que separaban a los hombres del trabajo de los hombres del capital. Y, por añadidura, tal ideologización y politización del hecho económico no ha sido autónoma sino que ha sido descrita y delimitada por oposición a la ideología capitalista que se pretendía destruir. De esta manera la ideología marxista viene a ser como el reverso de una misma medalla, cuyo anverso lo es el capitalismo. Ambas ideologías se miran antitéticamente, pero sin perder el origen común que subyace a ambas ideologías: el economicismo materialista que ignora la verdadera piedra angular, el hombre. Porque la controversia marxista-capitalista se centra, de manera casi exclusiva, en el modo de organizar el sistema de producción —cuadro de referencias colectivistas o capitalistas—, pero las dos se niegan a renunciar a un trabajo que debe ser lo más rentable posible desde el punto de vista puramente económico. Como que la defensa de los intereses del mundo del trabajo contra el capitalismo careciera de eficacia si no se realizara dentro del contexto capitalista. Así el movimiento obrero, sin intentarlo, se vio envuelto en el economicismo y en el materialismo³¹.

30. BUTTIGLIONE, R., o.c. 114, 40, 131 nota 31.

31. LE n.º 13; VELASCO, «Reflexión sobre el socialismo real»: *Iglesia Viva* n.º 97-98 (1982) 72-73; MATTAL, G., *Lettera enciclica Laborem Exercens di Giovanni Paolo II*, Paoline, Roma 1981, 14-15; SCIDA, G., «La teoria della convergenza tra sistemi sociali differenti»: *Aggiornamenti Sociali* 31 (1980/3) 173-179; URBINA, F., «La dignidad del hombre» en el centro. Consecuencias

Unificadas ambas ideologías, colectivista y capitalista, en el fundamento común que es el economicismo materialista, con la ignorancia, consciente o no, del verdadero fundamento que podría dar vida a unas auténticas relaciones humanas entre el capital y el trabajo, ambas ideologías inician su lento pero constante caminar hacia la propia destrucción. La mutua interrelación de las ideologías ha ido despojando a ambos sistemas de aquello que les separaba hasta poner al descubierto lo que les es común y a lo que no pueden renunciar sin firmar su propia sentencia de muerte: el economicismo materialista, la convicción de que existe un modelo social perfecto que no necesita de opción alguna, que niega la existencia de cualquier valor ético que pueda imponer las razones del hombre sobre las cosas y sobre los sistemas, fueren cuales fueren ³².

Desde esta convergencia, toda la crítica al capitalismo, hecha justificadamente por el marxismo, se vuelve contra sí mismo. Así dicha crítica se universaliza más, ya que su validez no se limita al sistema capitalista, sino que se extiende también al sistema colectivista. Así lo han entendido cierto número de pensadores, algunos de ellos defensores del sistema colectivista; concretamente todos los pertenecientes a la llamada «corriente caliente» o humanista en su polémica con la denominada «corriente fría» o científico-positivista, que conduce análisis objetivantes, que toman en consideración exclusivamente el valor objetivo del trabajo en el contexto de las tesis del trabajo-valor, de la filosofía de la praxis y de la autorrealización del hombre en el trabajo. Bien significativo es que la polémica entre estas dos corrientes, la segunda, es decir, la «fría» o antihumanista o al menos no humanista, siempre ha sido la dueña de la situación. La corriente «caliente» o humanista sólo hace unos años pudo exponer su crítica, apuntándose ligeros triunfos en el ámbito académico, pero sin poder romper el telón de acero creado por el economicismo materialista ³³.

Por parte católica K. Michalsky comenta «Que no se nos diga que las grandes masas obreras de nuestro tiempo se apartan de Dios, para reunirse bajo la bandera del ateísmo. No, el ateísmo cansa pronto, agota, destruye la creatividad humana. Tememos al ateísmo al momento de dar sus primeros pasos, pero no lo tememos a largo plazo. Su peor consecuencia es que destruye las fuerzas creativas de la sociedad» ³⁴.

económico-sociales»: *Sal Terrae* 70 (1982) 26; BUTTIGLIONE, R., *L'uomo e il lavoro* etc. Bologna 1982, 27, 106-107.

32. BUTTIGLIONE, R., o.c. 44, 52 nota 33.

33. BUTTIGLIONE, R., o.c. 14, 98, 107; SCHASCHING, J., «L'uomo e il lavoro»: *Rassegna di Teologia* 23 (1981) 4-5.

34. BUTTIGLIONE, R., o.c. 14.

La comunidad cristiana puede y debe confiar en su respuesta

En la encíclica parece resonar el pensamiento expuesto de K. Michalsky de que el ateísmo ha dado ya sus frutos negativos: cansar, agotar y destruir la creatividad humana del mundo obrero. Le ha despojado de su propio ethos, abandonándole en una sensación de vacío de su sentido del trabajo. Enlazando con la necesidad vital del trabajador de encontrar un sentido a su trabajo, el Papa se siente obligado a gritar que no existe tal vacío, que los cristianos debemos abandonar nuestro mutismo tradicional en este campo y proclamar decididamente las incidencias y consecuencias de nuestra fe y de nuestra visión del hombre en la vida socio-económica. Tanto el bien del mundo obrero como el de las naciones y el del mundo nos lo exigen imperiosamente.

La respuesta consiste sencillamente en vitalizar el sentido y valor ético del trabajo, que, hasta un cierto punto, se identifica con el valor del hombre, como diremos más adelante.

Una respuesta que ha de saber revestir los auténticos valores, ya identificados con anterioridad, con el ropaje de un lenguaje apropiado a nuestra época y con los avances de la reflexión actual, porque el camino del hombre hay que recorrerlo y volver a recorrer siempre de nuevo según sus varios aspectos ³⁵, acudiendo «con atención renovada y decidido testimonio a los nuevos problemas e interrogantes, temores y amenazas, pero también, a las nuevas esperanzas que nacen» ³⁶, a los nuevos significados del trabajo humano que se van descubriendo y a las nuevas metas que se abren al hombre en su trabajo ³⁷. Una respuesta que se mantiene siempre en conexión con el Evangelio, con su patrimonio, para extraer cosas nuevas y viejas ³⁸, y que nos permitirá elaborar una «moral social según la necesidad de cada época» ³⁹, también en contacto estrecho con la situación objetiva de las cosas ⁴⁰ y con la diagnosis objetiva de la realidad social ⁴¹.

Una respuesta que en tanto será válida en cuanto que logre conectar directamente con los valores del mundo obrero. Una respuesta que se apoyará en esos valores absolutos que vive el mundo obrero, como justicia, libertad y solidaridad, para liberarlos de cualquier interpretación ideológica o politizada, especialmente marxista. Una respuesta que intentará devolver al mundo obrero su autonomía originaria y aquella libertad que, sin depender de ninguna ideología, le permita realizar las modificaciones oportunas exigidas por ca-

35. LE n.º 1.

36. LE n.º 1 y 2.

37. LE n.º 2.

38. LE n.º 2; 11, 1.º

39. LE n.º 2 y 3.

40. LE n.º 2; 11, 6.º.

41. LE n.º 3.

da época de manera que, siendo cual fuera la organización del trabajo, de la propiedad etc... tales modificaciones miren siempre a defender la supremacía del trabajo humano como fin y nunca como medio o instrumento ⁴². Una respuesta que no se centrará fundamentalmente en un contraataque a la ideología marxista, sino en un apoyo e impulso incondicionales a cualquier estrategia humanizante capaz de orientar las decisiones económicas en la dirección del prevalecer de lo subjetivo y personal sobre lo material.

Todo ello no podrá conseguirse si no es admitiendo un criterio superior a cualquier ideología, que goce de la fuerza necesaria para someter a crítica a las mismas ideologías. La encíclica sitúa este criterio en el sentido y valor éticos del trabajo que, al fundarse en la misma dignidad del hombre y del trabajo, está por encima de todo lo material, de cualquier economicismo materialista ⁴³.

Para facilitar la eficacia del sentido y valor éticos del trabajo solicita la colaboración de las ciencias humanas. Éstas no son contradictorias con el sentido ético. Simplemente aparecen incompletas ⁴⁴, porque tales ciencias extraen un conocimiento objetivo del hombre, pero abstrayendo de todo lo que en él hay de objetivo. Lo estudian, a tenor de sus propios métodos, como un objeto de la naturaleza, por lo cual sus resultados no pueden pretender ofrecernos un conocimiento total del hombre ya que éste no solamente es objeto, sino también sujeto; no solamente es ser material, sino también espiritual. El valor ético del hombre y del trabajo echa sus raíces más allá de los límites dentro de los cuales se encierran las ciencias del hombre. Toca a una sana antropología unificar la diversidad de conclusiones parciales presentadas por las diversificadas ciencias que estudian al hombre.

Una última observación nos advierte que las cuestiones concretas las relega a un segundo plano. En tanto reclaman su atención en cuanto que son concreción de opciones fundamentales. Las cuestiones fundamentales son las que priman también en el ámbito de lo social. Precisamente por ello se interesa por el tema del trabajo, por ser una cuestión fundamental en torno al cual giran todos los demás elementos de la ética social «en cuanto que ejerce un influjo fundamental sobre la formación en sentido humano del mundo confiado al

42. LE n.º 12, 1.º y 4.º; 15, 1.º; 13, 2.º y 4.º; 14, 4.º, 5.º y 7.º; 15, 1.º; 23, 3.º; BUTTIGLIONE, R., o.c. 97.

43. LE n.º 11, 1.º; 9, 4.º; 10; BUTTIGLIONE, R., o.c. 17, 116.

44. SEBASTIÁN AGUILAR, F., «Filosofía y teología del trabajo en la *Laborem Exercens*»: *Iglesia Viva* n.º 97-98 (1982) 35; SPIAZZI, R., *La encíclica sul lavoro Laborem Exercens*, Massimo, Milano 1981, 39; AA.VV., *Il lavoro per l'uomo*, Città Nuova Editrice, Roma 1982, 11-12, 54; AA.VV., *Laborem Exercens. L'enciclica sul lavoro nel commento di...*, Città del Vaticano, Vaticano 1981, 144.

hombre»⁴⁶, porque sus problemas y la forma de solucionarlos «son de extrema importancia, porque no solamente constituyen una teoría sino precisamente el mismo tejido de la vida económica... Por eso debemos elevarnos de los problemas más concretos a su contexto... y no se puede tratar tal problema, el capital por ejemplo, si no es «teniendo en cuenta el pleno contexto de la realidad contemporánea»⁴⁷. Siguiendo esta línea parece que la opción fundamental que se precisa cambiar es aquella según la cual ambos sistemas piensan que en el tema del trabajo no tiene cabida opción ética alguna y que todo se soluciona a través de un modelo abstracto de organización eficaz del trabajo.

II. DIALOGANDO CON EL COMUNISMO

La encíclica sostiene un dialogo abierto con las ideologías y sistemas dominantes en el mundo de nuestros días, ¿por qué entonces centrarse particularmente en el diálogo con el comunismo? Pues porque puede decirse que es la primera encíclica que trata de revestir con el humanismo cristiano cuantos conceptos del sistema socialista lo admitan; porque la encíclica utiliza, con toda naturalidad y con frecuencia, una terminología que ha venido considerándose como propiedad exclusiva del sistema socialista: proletariado-proletarización⁴⁸, proceso y planificación global⁴⁹, conflicto de clase, conflicto entre el mundo del capital y el mundo del trabajo⁵⁰, reconocimiento del valor ético de las luchas del movimiento obrero y de la llamada a la solidaridad lanzada, en el siglo pasado, a todos los trabajadores, que parece una alusión transparente al manifiesto de Marx⁵¹; afronta el tema de la socialización de los medios de producción⁵²; auspicia una planificación global para luchar contra la desocupación; habla de los sindicatos y de las relaciones entre las naciones y los continentes⁵³; y, sobre todo, porque la encíclica reflexiona detenidamente sobre dos temas centrales de la ideología comunista: el valor del trabajo y la lucha de clases.

46. LE n.º 11.

47. LE n.º 11 y 15; LEDURE, Y., «L'encyclique de Jean-Paul II sur le travail humain»: *Nouvelle Revue Théologique* 105 (1983) 223-224; CAMACHO, I., «Desde dónde leer la *Laborem Exercens*»: *Proyección* 29 (1982) 117-132.

48. LE n.º 8.

49. LE n.º 13.

50. LE n.º 18.

51. LE n.º 11.

52. LE n.º 11; REINA, M., «Per una introduzione alla enciclica *Laborem Exercens*»: *Aggiornamenti Sociali* 32 (1981) 655; CAMACHO, I., «*Laborem Exercens*: ¿Qué sistema económico?»: *Proyección* 29 (1982) 200.

53. LE n.º 18.

Valor central del trabajo humano

Doy por sentado que el pensamiento de Marx quisiera desembocar en el más absoluto rechazo de la consideración del trabajo como un elemento de producción que se compra y se vende, para situar su valor en el trabajo mismo como lugar en el que el hombre se autorrealiza.

Pues bien, la encíclica no solamente no se opone a tal formulación, sino que la expone con la seguridad de que proviene del núcleo mismo de la revelación⁵⁴, por lo que la encíclica en ningún momento transparenta la impresión de estar apropiándose una tesis ajena, perteneciente a la ideología comunista. La expone con toda libertad y absoluta independencia de cualquiera de los dos sistemas, procurando liberarnos del temor a que se nos identifique con uno u otro sistema.

El título mismo de la encíclica ya es significativo a este respecto: «El trabajo humano». El verdadero tema central no lo es propiamente el trabajo humano, sino el hombre «en el vasto contexto de esa realidad que es el trabajo»⁵⁵, o «el trabajo en cuanto problema del hombre»⁵⁶. No es simplemente título. El Papa nos recuerda que el trabajo ha sido «muchas veces» objeto de la atención de la doctrina social de la Iglesia⁵⁷, pero que quiere insistir precisamente para subrayar su centralidad⁵⁸. Declara su intención de que el contenido responda al título, redactando un «documento cuyo tema principal es el trabajo humano»⁵⁹. Describe el trabajo como «uno de esos aspectos, perenne y fundamental, siempre actual y que exige constantemente una renovada atención y un decidido testimonio»⁶⁰. Todo ello porque «el valor fundamental del trabajo está unido con la dignidad de la persona humana»⁶¹, y «la Iglesia está convencida de que el trabajo constituye una dimensión fundamental de la existencia del hombre en la tierra»⁶², por lo que «el trabajo es una de las características que distingue al hombre del resto de las criaturas, cuya actividad, relacionada con el manténimiento de la vida, no puede llamarse trabajo»⁶³.

54. LE n.º 1, 4.º; 2, 1.º; 3, 1.º, 2.º y 3.º; 5, 5.º; 6, 1.º y 3.º; 7, 1.º y 4.º; 9, 1.º y 2.º; 12, 2.º; 22, 1.º; 24, 1.º y 2.º; 25, 2.º; 26, 1.º y 2.º; 27, 1.º y 2.º.

55. LE n.º 1.

56. LE n.º 2.

57. LE n.º 3, 1.º; 2, 1.º; 3, 1.º.

58. LE n.º 3, 2.º.

59. LE n.º 14, 4.º.

60. LE n.º 1, 2.º.

61. LE n.º 23, 3.º.

62. LE n.º 4, 1.º.

63. LE n.º 1, 1.º.

Como consecuencia «el trabajo, en cuanto problema del hombre, ocupa el centro mismo de la «cuestión social», a la que durante los casi cien años transcurridos desde la publicación de la mencionada encíclica se dirigen de modo especial las enseñanzas de la Iglesia y las múltiples iniciativas relacionadas con su misión apostólica»⁶⁴; «es, de alguna manera, un elemento fijo tanto de la vida social como de las enseñanzas de la Iglesia»⁶⁵; «es uno de esos aspectos, perenne y fundamental siempre actual y que exige constantemente una renovada atención y un decidido testimonio»⁶⁶, «cuyo análisis debería también ocupar un puesto central en toda la esfera de la vida social y económica, tanto en el ámbito de cada uno de los países, como en el más amplio de las relaciones internacionales e intercontinentales...»⁶⁷. Y concluye «que el trabajo humano es una clave, quizá la clave esencial, de toda la cuestión social, si tratamos de verla verdaderamente desde el punto de vista del bien del hombre»⁶⁸, porque «es necesario subrayar que el elemento constitutivo y a su vez la verificación más adecuada de un progreso, universal y proporcionado para todos, en el espíritu de justicia y paz, que la Iglesia proclama y por el que no cesa de orar al Padre de todos los hombres y de todos los pueblos, es precisamente la continua revalorización del trabajo humano, tanto bajo el aspecto de su finalidad objetiva, como bajo el aspecto de la dignidad del sujeto de todo trabajo, que es el hombre... Una verificación del progreso será el reconocimiento cada vez más maduro de la finalidad del trabajo y el respeto cada vez más universal de los derechos inherentes a él en conformidad con la dignidad del hombre, sujeto del trabajo»⁶⁹.

Por otra parte la encíclica se extiende en la fundamentación de la dignidad del trabajo, en la prueba de su primado sobre el conglomerado de componentes del capital y los sistemas sociales, al igual que diversos institutos como la propiedad, los sindicatos y la misma educación, son enjuiciados a tenor de su aportación positiva o negativa frente a la dignidad del trabajo⁷⁰.

La centralidad del hombre, característica de todo el complejo magisterio de Juan Pablo II, asume en esta encíclica la particularidad de considerar al hombre en su relación con la actividad laboral⁷¹. Si ya en otros documentos, por ejemplo en la *Gaudium et Spes*, el trabajo ocupaba un lugar privilegiado,

64. LE n.º 2, 1.º.

65. LE n.º 3, 1.º.

66. LE n.º 1, 2.º.

67. LE n.º 7, 4.º.

68. LE n.º 3, 2.º.

69. LE n.º 18, 4.º.

70. LE n.º 14, 20.

71. CAMACHO, I., «Desde dónde leer la *Laborem Exercens*»: *Proyección* 29 (1982) 124; AN-TOLI, M., «Reflexiones en torno a la *Laborem Exercens*»: *Anales Valentinus* (1982) 196-197.

la *Laborem Exercens* se centra en él como no lo ha hecho ningún documento anterior del Magisterio: «presenta explícitamente al trabajo como la óptica privilegiada para enjuiciar éticamente la vida económica y social. Queda claro, por tanto, que el trabajo no es un tema entre otros de los que contempla la Doctrina Social de la Iglesia al estudiar la vida socioeconómica, sino el que suministra la clave para interpretar y valorar todo lo que ocurre en ella»⁷². Mientras que la doctrina tradicional estudiaba el argumento del trabajo dentro de un capítulo más amplio, del que era como una consecuencia, la *Laborem Exercens* lo convierte en piedra de toque cuando se trata de dar una orientación acertada a toda la cuestión social. El capítulo del trabajo deja de ser un problema sectorial dentro de la cuestión social, para convertirse «en el hilo conductor que da nueva coherencia a la doctrina social y a la visión que la Iglesia ofrece de la sociedad. Nuevo hilo conductor —el trabajo— y nuevo entorno constituido por las coordenadas antropológicas que exigen que el trabajo no sea analizado en función de su rentabilidad económica, ni de su valor productivo, sino en su relación con el hombre. Lo que está en juego en el trabajo no es tanto el objeto producido, cuanto el sujeto que trabaja. El valor del trabajo está en las posibilidades de realización humana que ofrece al trabajador. Y no es que Juan Pablo II ignore la definición que da la *Rerum Novarum* del trabajo y que trasluce una concepción como utilitarista del trabajo, algo así como el medio de adquirir un cierto número de bienes y productos, como el medio de obtener una remuneración que permita hacer frente a las necesidades del hombre»⁷³. Juan Pablo II ni ignora ni desautoriza tal perspectiva, sino que la encuadra debidamente subordinando la perspectiva del trabajo subsistencia y expiación a la del trabajo espacio, lugar y medio de afirmación del hombre, a la del trabajo como «dimensión fundamental de la existencia del hombre sobre la tierra»⁷⁴.

La *Laborem Exercens* sitúa tan en el centro el problema del trabajo, que nos permite precisar cuál sea el nexo existente entre la *Populorum Progressio* y la *Laborem Exercens*. La *Populorum Progressio* sostiene que el nuevo nombre de la paz es el desarrollo y la *Laborem Exercens* continúa que el verdadero problema de la paz y del desarrollo consiste en el modo de «organizar el banco de trabajo» o en los diversos modos de producción según los diversos contextos sociales⁷⁵.

72. CAMACHO, I., a.c. *Proyección* 29 (1982) 124.

73. LEDURE, Y., «L'encyclique de Jean-Paul II sur le travail humain»: *Nouvelle Revue Théologique* 105 (1983) 218-224; *Rerum Novarum* n.º 7.

74. LEDURE, Y., a.c. 218; ANTOLI, M., «Reflexiones en torno a la *Laborem Exercens*»: *Anales Valentinus* 8 (1982) 197, 201.

75. BASSETTI, «Responsabilità imprenditoriale e politica alla luce della «*Laborem Exercens*»: *Aggiornamenti Sociali* 33 (1982) 106.

Comunismo y *Laborem Exercens* coinciden en el enunciado del valor inigualable del trabajo humano, pero se establece entre ellos diferencias abismales en cuanto a la raíz de tal dignidad y en cuanto a los métodos idóneos para conseguir la eficacia y el respeto de dicha dignidad en la vida de cada día.

Frente a la liberación colectiva marxista, la Laborem Exercens propone la liberación personalista (no individualista) cristiana

El claro personalismo cristiano, que no individualismo, configura los trazos de la liberación del hombre. No basta la liberación «colectiva», obtenida mediante un actuar colectivo, ni es éste el aspecto fundamental de la verdadera liberación del hombre, ni son los mecanismos y determinismos naturales los artífices de la liberación humana. Liberación de la persona humana, sí, pero liberación personalista, de todos y cada uno de los hombres como seres intangibles y con finalidad propia, no sometibles a ninguna otra finalidad fuera de su tendencia al Creador. Los mecanismos y determinismos naturales deben tomarse en consideración, pero simplemente como indicadores del camino a lo largo del cual el hombre podrá expresar toda la riqueza de su ser personal ⁷⁶. Así Juan Pablo II integra, de alguna manera, la perspectiva marxista, pero ampliando horizontes y fijándola un nuevo objetivo, más fundamental y hasta teológico: hacer al hombre más hombre, más persona, es decir, imagen y semejanza de Dios, mediante un trabajo que, más allá de ser un hecho técnico, económico o funcional para la producción de cosas o utilidades, se convierte en la actuación concreta del hombre sobre lo creado, en espacio de autorrealización y respuesta a la vocación divina personal, porque el trabajo «humano no concierne solamente a la economía, sino que implica también, y ante todo, los valores personales» ⁷⁷.

Frente a la valoración economicista-materialista del trabajo (Marx), la Laborem Exercens propone una valoración ética del mismo

El marxismo denuncia el conflicto y ruptura de la unión coherente trabajo-capital, que reclama el primado del trabajo y se convierte en una nueva fase del economicismo materialista, que de ser exclusivamente práctico pasa a ser ideología o economicismo materialista científico. Por lo cual la *Laborem Exercens* sostiene que «es evidente que el materialismo, incluso en su forma dialéctica, no es capaz de ofrecer a la reflexión sobre el trabajo humano

76. LE n.º 9; LEDURE, Y., a.c. 223-234.

77. LE n.º 9 y 15; LEDURE, Y., a.c. 226, 227; GATTI, G., «Il lavoro umano. Guida a una lettura dell'enciclica *Laborem Exercens* di Giovanni Paolo II»: *Catechesi* (1982/9) 34.

bases suficientes y definitivas» para «establecer la primacía del hombre sobre el instrumento-capital»⁷⁸.

Con ello está indicándonos la *Laborem Exercens* que la carencia de una recta antropología y del sentido del valor ético del trabajo fuerzan al marxismo a una interpretación dialéctica y paradójica del valor del trabajo. Paradójica, porque, para llegar a la conclusión de que el trabajo posee un valor inapreciable —por ser humano, decimos los cristianos—, porque para llegar a concluir que el trabajo humano no puede ser rebajado a la condición de mercancía, se ve obligado a afirmar lo contrario, es decir, que el trabajo tiene un precio, que es mercancía y que es justo tratarlo como tal. Y carece de alternativa posible mientras no encuentre otro punto de referencia distinto del que le ofrecen las estructuras sociales actuales sobre las categorías de «justo» e «injusto». De hecho Marx en *El Capital* considera justo el sistema basado en la equivalencia entre las mercancías que se intercambian y, como consecuencia de causas totalmente objetivas y económicas, también estima justo el trabajo asalariado.

Así, pues, Marx identifica rectamente una de las instituciones del mundo obrero: que el trabajo debe ser más valorado que cualquiera de los demás elementos que intervienen en la producción. Pero no acierta a demostrarla y fundamentarla convenientemente. Se le escapa la raíz última del inapreciable valor del trabajo que es su valor ético, tan subrayado en la encíclica sin género alguno de titubeos. Y tiene razón Marx: El trabajo humano supera en valor a cualquier otro elemento, actual o posible de producción, pero no por razones específicamente económicas, ni en virtud de una justicia de intercambio de mercancías, sino porque «el primer fundamento del valor del trabajo lo es el hombre mismo»⁷⁹, porque «el hombre ante todo es sujeto y causa eficiente del proceso de producción»⁸⁰.

No puede determinarse, pues, el valor del trabajo con los mismos criterios con que valoramos las mercancías; no puede intercambiarse con una mercancía. El salario debe hacer referencia a la dignidad del hombre, no ciertamente para pagarla, sino para garantizar a todo ser humano una existencia material verdaderamente humana.

El valor ético del trabajo es algo así como el riego sanguíneo que circula por toda la encíclica, transportando una corriente humanista que quisiera renovar el tejido social purificándolo de todo residuo economicista-materialista.

78. LE n.º 13; DOMÍNGUEZ, J., «Hombre y trabajo: el personalismo ético, principio de toda crítica. ¿Convergencia con la «nueva izquierda?»»: *Sal Terrae* 70 (1982) 48-50.

79. LE n.º 6.

80. LE n.º 13.

La realidad del valor ético del trabajo ha de admitirse sin género alguno de duda, afirma ya en la misma introducción la encíclica ⁸¹.

El valor ético del trabajo no consiste en una serie de significados que arbitrariamente se le atribuyen. Es algo propio, es la realidad interna, la más profunda del trabajo. No radica en su aspecto factual de ser respuesta a la necesidad física que el hombre tiene de las cosas materiales y que va unida al instinto de conservación y a la lucha fatigosa por la vida, ya que éste es un elemento común con los animales por lo que bajo tal aspecto no puede «llamarse trabajo humano» ⁸². Tampoco brota el valor ético del trabajo de los diversos contenidos técnicos que se le han adjudicado en el transcurso de la historia; ni es consecuencia de las interpretaciones ideologizadas, manipuladas con miras a la obtención de finalidades concretas. Algunas de estas ideologías elevan el trabajo al centro de su utopía revolucionaria o de una mística totalizante en la que el trabajo es la fuente de todos los valores, conocimientos y posibilidades de autorrealización humana. Otras, por el contrario, lo han convertido en un objeto de explotación económica que ignoraba —a veces hasta con insospechado cinismo— los más elementales derechos del hombre trabajador. En general tales ideologías carece de bases antropológicas ⁸³.

El valor ético del trabajo radica en la virtualidad significativa que posee en sí mismo y que aún espera una lectura apropiada y pormenorizada, y las circunstancias o entorno cambian, pero nunca admiten adiciones caprichosas de significados desde el exterior. Consiguientemente la encíclica no habla de un evangelio *para* el trabajo, para el mundo del trabajo, sino del evangelio *del* trabajo. En otras palabras, quiere evidenciar que el trabajo encierra en sí mismo elementos importantes del mensaje evangélico que piden ser descubiertos, interpretados y comunicados correctamente. No es el mundo del trabajo algo así como una actividad neutral que reciba colorido de la moralidad e intencionalidad con que la viva el agente, sino que es una realidad que grita al hombre el cómo debe vivirla, de manera que se haga cada vez más hombre, más humano ⁸⁴.

Por eso la reflexión cristiana abandona cualquier interpretación técnica o ideológica, para hacer su lectura desde la perspectiva de la significación huma-

81. LE n.º 5, 6, 9; AA.VV., *Laborem Exercens. L'enciclica sul lavoro nel commento di...* Città del Vaticano 1981, 169; AA.VV., *Il lavoro per l'uomo*, Città Nuova, Roma 1982, 9; CAMPANINI, G., «Lavoro e società nella Laborem Exercens»: *Rivista di Teologia Morale* (1981/52) 591.

82. LE, Introducción.

83. BUTTIGLIONE, R., o.c. 81-83; SPIAZZI, R., *L'enciclica sul lavoro Laborem Exercens, Massimo*, Milano 1981, 27.

84. SCHASCHING, J., «L'uomo e il lavoro nella Laborem Exercens»: *Rassegna di Teologia* 23 (1982) 8-9; LEDURE, Y., «L'encyclique de Jean-Paul II sur le travail humain»: *Nouvelle Revue*

na del trabajo ⁸⁵, desde su capacidad potencial de salvaguardar, promocionar y potenciar la dignidad del hombre, de todo hombre que realiza un trabajo, sea éste el que fuere. Hace su lectura en clave personalista. La visión antropológico-teológica, fundamentada en el mensaje estrictamente religioso de la Biblia —que describe al hombre como imagen y semejanza de Dios— domina a lo largo y ancho de la encíclica ⁸⁶. Se trata de un humanismo auténtico, sólo posible cuando se considera al hombre en todas sus dimensiones, también en la religiosa; un humanismo que no soporta la degradación del trabajo a la condición de simple objeto de economía porque la reflexión cristiana está convencida de que el trabajo constituye una realidad humana que, por más que se la quiera objetivar y hasta reducir a un objeto trabajado, sigue siendo una actividad humana, sigue siendo el hombre manifestándose y desarrollándose en el trabajo. La encíclica establece una como equivalencia entre el hombre y el trabajo, que expresa con el giro «hombre del trabajo» ⁸⁷.

A este respecto subraya Coste que «lo sugestivo a largo plazo, estimulante y fecundo de la encíclica no lo son los análisis de la sociedad contemporánea, aunque sean precisos, penetrantes y dignos de prestarles atención, ni tampoco las orientaciones prácticas, aunque interesantes y dignas de tomarse en consideración por los responsables del destino de la humanidad; sino el esfuerzo de reflexión sobre el hombre trabajador, o sobre el hombre en el trabajo, a la luz de la razón y de la fe; el haber subrayado el trabajo humano como dimensión constitutiva de la existencia humana y factor esencial de la construcción de la personalidad. Si se ignoran estas dimensiones del trabajo humano, la persona no logrará desarrollar sus capacidades humanas» ⁸⁸.

Tal lectura personalista del trabajo conduce a situar el valor ético del trabajo en todos aquellos elementos que manifiestan y realizan al ser humano, en todos aquellos elementos del trabajo que le convierten en prolongación de la persona humana que «actúa programada y razonablemente, como ser capaz de decidir por sí mismo y de realizarse a sí mismo» ⁸⁹, sobre todo en ese poder

Théologique 105 (1983) 223ss.; CAMACHO, I., «Laborem Exercens: ¿Qué sistema económico?»: *Proyección* 29 (1982) 201.

85. BUTTIGLIONE, R., *L'uomo e il lavoro. Riflessioni sull'enciclica Laborem Exercens*, CSEO, 23-24, 43; ROSA, M.B., «La lucha programada de clases»: AA.VV., *Juan Pablo II y la justicia social*, Razón y Fe, Madrid 1982, 62-3.

86. SEBASTIÁN AGUILAR, F., «Filosofía y teología del trabajo en la Laborem Exercens»: *Iglesia Viva* n.º 97-98 (1982) 38; OSES, J. M., «Reflexión crítica sobre el capitalismo»: *Iglesia Viva* n.º 97-98 (1982) 56; AA.VV., *Laborem Exercens. L'enciclica sul lavoro nel commento di...*, Città del Vaticano 1981, 582.

87. LE n.º 15, 16; AA.VV., *Il lavoro per l'uomo*, Città Nuova, Roma 1982, 45; SPIAZZI, R., *L'enciclica sul lavoro. Laborem Exercens*, Massimo, Milano 1981, 28.

88. COSTE, R., «Le travail et l'homme. L'encyclique Laborem Exercens»: *Esprit et Vie* 92 (1982) 35.

89. LE n.º 6.

de manifestar al hombre como el «que domina»⁹⁰. Así F. Urbina subraya que «es característico de este escrito del Papa y de su pensamiento más profundo el articular de una manera esencial este concepto —«dignidad de la persona humana»— con el de «acción-trabajo»... La dignidad del hombre según Karol Wojtyła, está íntimamente determinada por su capacidad transcendental de crear y dominar su acción-trabajo y sus productos objetivos, entre ellos el capital. De esta estructura fenomenológico-ontológica se deduce, con una inferencia clara y patente el tema central de todo el texto: la primacía absoluta y relativa del trabajo sobre el capital»⁹¹.

¿Cuáles serán tales elementos? Dos son las fuentes de las que podemos deducirlos: La dignidad de la persona que ejecuta el trabajo y las finalidades profundamente éticas inscritas en el mismo trabajo⁹².

«No cabe duda alguna que el trabajo tiene un valor ético, el cual sin términos medios y directamente va unido al hecho de que quien lo realiza es una persona humana, un sujeto consciente y libre, es decir, un sujeto que decide de sí mismo. Esta verdad que constituye en cierto sentido el mismo fundamental y perenne meollo de la doctrina cristiana sobre la cuestión social, ha tenido un significado fundamental en la formulación de los problemas sociales en épocas enteras»⁹³.

Se subraya la íntima unión existente entre el trabajo y la persona de quien procede, de manera que el trabajo es una acción personal, es un momento cualificado de la vida humana en el que participa todo el hombre, alma y cuerpo, independientemente de que sea un trabajo intelectual o manual, porque el trabajo no es solamente una actividad transitiva sino también inmanente, con efecto sobre el mismo hombre que lo realiza. Por ello subraya la encíclica la distinción entre el trabajo en sentido objetivo y el trabajo en sentido subjetivo⁹⁴.

La consideración del trabajo como «acto de la persona» exige que se le

90. LE n.º 6; SEBASTIÁN AGUILAR, F., «Filosofía y teología del trabajo en la *Laborem Exercens*»: *Iglesia Viva* n.º 97-98 (1982) 40; AA.VV., *Il lavoro per l'uomo*, Città Nuova, Roma 1982, 8.

91. URBINA, F., «La dignidad del hombre» en el centro. Consecuencias económico-sociales»: *Sal Terrae* 70 (1982) 17-18, 21-22.

92. URBINA, F., a.c., 19; TALIERCIO, G., «Il primato dell'uomo nella *Laborem Exercens*»: *Palestra del Clero* 61 (1982) 174, nota 17; AA.VV., *Laborem Exercens. L'enciclica nel commento di...*, Città del Vaticano 1981, 170, 212-219, 247; AA.VV., «L'homme sujet du travail»: *La foi et le Temps* 13 (1983/1) 14; LE n.º 3 y 7.

93. LE n.º 16.

94. LE n.º 15; PIANA, G., «Le dimensioni antropologiche e spirituali del lavoro»: *Rivista di Teologia Morale* 13 (1981/52) 583; AA.VV., *Il lavoro per l'uomo*, Città Nuova, Roma 1982, 55-67; URBINA, F., a.c., 17.

extraiga de la categoría del «tener» y se le encuadre en la del «ser». No se orienta hacia el «tener más», sino hacia el «ser más» como ya habían indiciado Pablo VI en la *Populorum Progressio* y el mismo Juan Pablo II en la *Redemptor Hominis* ⁹⁵.

Desde la pertenencia del trabajo al orden del «ser» se comprende la equivocación de considerarlo fundamentalmente como un bien económico o subordinado a cualquier elemento económico, como ocurre en los dos sistemas dominantes, comunismo y capitalismo. Igualmente, de la pertenencia del trabajo al orden «del ser», nace la superioridad del mismo sobre las cosas, como una prolongación del primado del hombre sobre las cosas que está exigiendo que el capital sea reducido a su función de servidor, y no dominador, del trabajo, al tiempo que el trabajo se pone al servicio del hombre, puesto que el trabajo es para el hombre y no el hombre para el trabajo ⁹⁶.

El trabajo realiza diversas funciones desde la perspectiva de su unión con la persona de quien procede:

A. *Función manifestativa*: El trabajo «no es sólo un bien «útil» o «para disfrutar», sino un bien «digno», se decir, que corresponde a la dignidad del hombre, un bien que *expresa* esta dignidad y la aumenta...» ⁹⁷, puesto que «el trabajo es una de las características que distinguen al hombre del resto de las criaturas», de manera que «el trabajo lleva en sí un *signo particular del hombre y de la humanidad*, el signo de la persona activa en medio de una comunidad de personas; este signo determina su característica interior y constituye en cierto sentido su misma naturaleza» ⁹⁸. Y es que el trabajo manifiesta al hombre en cuanto que «como imagen y semejanza de Dios» «es una persona, es decir, un ser capaz de obrar de manera programada y racional, capaz de decidir por sí mismo» ⁹⁹, porque «el trabajo entendido como una actividad «transitiva», es de tal naturaleza que, empezando en el sujeto humano está dirigida hacia un objeto externo, que supone un dominio específico del hombre sobre la «tierra» y a la vez confirma y desarrolla este dominio» ¹⁰⁰. Una decisión que se oriente a la lucha contra «los diversos modos de usar el trabajo contra el hombre», como el convertirlo «en un medio de opresión» o de explotación del

95. URBINA, F., «La «dignidad del hombre» en el centro. Consecuencias económico-sociales»: *Sal Terrae* 70 (1982) 17-30.

96. LE n.º 6; CAMPANINI, G., «Lavoro e società nella *Laborem Exercens*»; *Rivista di Teologia Morale* 14 (1982/52) 594; BIANCHI, G.-SALVI, R., «La coscienza operaia «di fronte» alla *Laborem Exercens*»; *Rivista di Teologia Morale* 15 (1983) 215-216.

97. LE n.º 9, 3.º.

98. LE Introducción.

99. LE n.º 6, 2.º; 7, 2.º.

100. LE n.º 4, 3.º.

hombre del trabajo ¹⁰¹. Una decisión que debe plasmarse en «pactos y acuerdos» de las diversas fuerzas sociales, tanto a nivel nacional como internacional, orientados por el criterio de conseguir que «el trabajo sea cada vez más humano» y que «el nivel de vida de los trabajadores en las sociedades presenten cada vez menos esas irritantes diferencias que son injustas y aptas para provocar incluso violentas reacciones» ¹⁰². Para conseguirlo, tal decisión estará atenta a la «nueva manera con que presenta el desarrollo industrial el problema del trabajo humano» y se esforzará en que los «nuevos interrogantes» y los «contenidos y tensiones de carácter ético y ético-social» que presenta el desarrollo, sean solucionados según las exigencias del «sujeto propio del trabajo que sigue siendo el hombre» ¹⁰³. Igualmente provocará la solidaridad con los hombres del trabajo en la reivindicación de sus justos derechos ¹⁰⁴ porque el «progreso debe llevarse a cabo mediante el hombre y por el hombre y debe producir frutos en el hombre» ¹⁰⁵.

Mas no se agotan aquí las potencialidades significativas del trabajo, porque «la situación general del hombre en el mundo contemporáneo, considerada y analizada en sus varios aspectos geográficos, de cultura y civilización, exige sin embargo que se descubran los *nuevos significados del trabajo humano* y que se formulen asimismo *los nuevos cometidos* que en este campo se brindan a cada hombre, a cada familia, a cada nación, a todo el género humano y, finalmente, a la misma Iglesia» ¹⁰⁶, y porque «el desarrollo de la civilización humana conlleva en este campo un enriquecimiento continuo» ¹⁰⁷, «una profundización del problema del trabajo que ha experimentado una continua puesta al día conservando siempre aquella base cristiana de verdad que podemos llamar perenne» ¹⁰⁸. Tales nuevos cometidos podemos concretarlos, de alguna manera en determinar más profundamente las formas actuales de injusticia, puesto que «un análisis completo de la situación del mundo contemporáneo ha puesto de manifiesto de modo todavía más profundo y más pleno el significado del análisis anterior de las injusticias sociales; y el significado que hoy se debe dar a los esfuerzos encaminados a construir la justicia sobre la tierra, no escondiendo con ello las estructuras injustas, sino exigiendo un exa-

101. LE n.º 9, 4.º; 1, 2.º.

102. LE n.º 18, 3.º.

103. LE n.º 5, 3.º y 6.º.

104. LE n.º 8, 3.º y 4.º.

105. LE n.º 18, 4.º.

106. LE n.º 2, 1.º.

107. LE n.º 8, 1.º.

108. LE n.º 3, 1.º.

men de las mismas y su transformación en una dimensión más universal»¹⁰⁹, puesto que «la época reciente de la historia de la humanidad especialmente la de algunas sociedades, conlleva una justa afirmación de la técnica como coeficiente fundamental del progreso económico; pero al mismo tiempo, con esta afirmación han surgido y continúan surgiendo los interrogantes esenciales que se refieren al trabajo humano en relación con el sujeto, que es precisamente el hombre. Estos interrogantes encierran una carga particular de *contenidos y tensiones de carácter ético y ético-social*. Por ello constituyen un desafío continuo para múltiples instituciones, para los Estados y para los gobiernos, para los sistemas y las organizaciones internacionales; constituyen también un desafío para la Iglesia»¹¹⁰.

En el aparecer de nuevas formas de injusticia tienen que ver «las diversas formas de neocapitalismo o de colectivismo que se han desarrollado»... y «al mismo tiempo, sistemas ideológicos o de poder, así como nuevas relaciones surgidas a distintos niveles de la convivencia humana, han dejado perdurar *injusticias flagrantes o han provocado otras nuevas*»¹¹¹, injusticias que podemos encontrar en «las condiciones de grupos sociales que... en los sistemas sociales y en las condiciones de vida que cambian, sufren una *«proletarización» efectiva* o, más aún, se encuentran ya realmente en la condición de «proletariado», la cual, aunque no es conocida todavía con este nombre, lo merece de hecho. En esa condición pueden encontrarse algunas categorías o grupos de la «inteligencia» trabajadora, especialmente cuando junto con el acceso cada vez más amplio a la instrucción, con el número cada vez más numeroso de personas que han conseguido un diploma por su preparación cultural, disminuye la demanda de su trabajo. *Tal desocupación de los intelectuales* tiene lugar o aumento cuando la instrucción accesible no está orientada hacia los tipos de empleo o de servicios requeridos por las verdaderas necesidades de la sociedad, o cuando el trabajo para el que se requiere instrucción, al menos profesional, es menos buscado o menos pagado que un trabajo manual. Es obvio que la instrucción de por sí constituye siempre un valor y un enriquecimiento importante de la persona humana; pero no obstante, algunos procesos de «proletarización» siguen siendo posibles independientemente de este hecho»¹¹².

Así el trabajo considerado, no en lo que tiene de común con los animales como lucha por la vida¹¹³, sino en lo que encierra de específicamente humano,

109. LE n.º 2, 4.º; 5, 5.º.

110. LE n.º

111. LE n.º 8, 4.º.

112. LE n.º 8, 5.º.

113. LE, Introducción.

manifiesta lo más profundo de la persona, es decir, ser «imagen y semejanza de Dios», en cuanto que en él aparece como «el ser capaz de actuar de manera programada y racional», como «el que domina», como superior a las cosas y como sujeto, causa eficiente, verdadero artífice y creador del trabajo y nunca como instrumento ¹¹⁴.

Este carácter manifestativo del trabajo parece ser el fundamento de todos los demás ya que «este signo constituye en cierta manera su misma naturaleza» ¹¹⁵.

B. *Función creadora*: La encíclica sostiene, como una de las tesis pertenecientes al patrimonio cristiano, la del carácter positivo, creativo, educativo y meritorio del trabajo ¹¹⁶. El trabajo no sólo transforma la naturaleza adaptándola a las propias necesidades, sino que *se realiza a sí mismo* como hombre, es más, en un cierto sentido, «*se hace más hombre*» ¹¹⁷; «el trabajo no deja de ser un bien, de modo que el hombre se desarrolla mediante el amor al trabajo» ¹¹⁸. Y es que el trabajo es, o debe ser, fuente de satisfacciones personales y estímulo para la creatividad y responsabilidad ¹¹⁹, como «dimensión fundamental de la existencia humana, de la que la vida humana está hecha cada día, de la que *deriva* la propia dignidad específica» ¹²⁰. El trabajo en cuanto actividad transitiva y transformadora de las cosas, no se independiza ni se vuelve contra el hombre por sí mismo, sino que permanece íntimamente unido a la causa que lo produce sometiéndose a su servicio y en cuanto que la técnica está llamada a ser una aliada del hombre facilitando, acelerando y perfeccionando su trabajo ¹²¹, de manera que el hombre sea cada vez más lo que está llamado a ser: sujeto eficiente, artífice y creador del trabajo ¹²² y escape a toda posible reducción a la condición de siervo de la máquina, de manera que si esto ocurriese sería obligado introducir las reformas adecuadas ¹²³.

Pero el trabajo también despliega su virtualidad creadora en la dirección

114. LE n.º 4, 5, 6 y 9; PIANA, G., «Le dimensioni antropologiche e spirituali del lavoro»: *Rivista di Teologia Morale* 13 (1981/52) 584; CAMPANINI, G., «Lavoro e società nella Laborem Exercens»: *Rivista di Teologia Morale* 13 (1981/52) 594; REINA, M., «Per una introduzione alla enciclica Laborem Exercens»: *Aggiornamenti Sociali* 32 (1981) 655-656.

115. LE, Introducción.

116. LE n.º 11, 1.º.

117. LE n.º 9, 11 y 23; 9, 3.º.

118. LE n.º 11, 1.º.

119. LE n.º 4; 5, 4.º.

120. LE n.º 1, 2.º.

121. LE n.º

122. LE n.º 5, 3.º, 4.º y 5.º; 6, 1.º, 2.º y 3.º; 7, 3.º; 8, 1.º, 2.º y 6.º; 9, 1.º; 12, 6.º; 13, 1.º; 18, 3.º; 17, 3.º, 20, 6.º; 22, 2.º; 23, 1.º.

123. LE n.º 5.

del aspecto social. El trabajo se mueve entre dos polos: persona-comunidad. El significado y aportación del trabajo al logro de la vocación individual de la persona, no permite que el trabajo se convierta en un instrumento al servicio de la propia afirmación y del apetito de poder sobre los demás, sino que exige ser utilizado como «un sistema de comunicación y diálogo entre los hombres para la construcción de una comunidad verdaderamente humana»¹²⁴. De hecho «el trabajo aparece como una gran realidad, que ejerce un influjo fundamental sobre la formación, en sentido humano del mundo dado al hombre por el Creador y es una realidad estrechamente ligada al hombre como al propio sujeto y a su obrar racional»¹²⁵.

Se trata de la virtualidad socializante del trabajo, que Tischner enuncia: «El trabajo es un elemento fundamental de la solidaridad de los hombres entre sí. El trabajo no debe separar a los hombres sino unirlos»¹²⁵ y que en la *Laborem Exercens* encuentra esta formulación: «El trabajo tiene una característica que, ante todo, une a los hombres y en esto consiste su fuerza social, la fuerza de constituir una comunidad»¹²⁶.

El hombre jamás ha afrontado aisladamente la naturaleza, sino en colaboración con otros hombres en un trabajo dividido y compartido y en medio de un tejido de relaciones personales, justas o injustas, que, a su vez, condicionan a cada hombre. Porque el hombre que trabaja se encuentra con un conjunto de medios técnicos de producción, con una riqueza que le hacen consciente de que no los creó él mismo. Pronto reconocerá su dependencia de otros seres que le han legado el patrimonio de su trabajo, unido a la donación primaria que es la de la creación. Así el trabajo le pone en contacto con generaciones anteriores «como heredero de su trabajo», le abre a la responsabilidad «para con la familia, la sociedad etc. y desea que su fruto sirva a los demás»¹²⁷.

De esta manera la responsabilidad que cada hombre despliega en su trabajo concreto, participa y se abre a la responsabilidad por el trabajo social, ya que su trabajo es un fragmento del trabajo colectivo y total mediante el cual los hombres dominan y se enseñorean de la tierra. Tal solidaridad se desarro-

124. BUTTIGLIONE, R., *L'uomo e il lavoro. Riflessioni sull'enciclica Laborem Exercens*, CSEO, Bologna 1982, 89-90; GOROSQUIETA, F., «La encíclica Laborem Exercens: ¿continuidad o profunda novedad?»: *Sal Terrae* 70 (1982) 5; CAMACHO, I., «desde dónde leer la Laborem Exercens»: *Proyección* 29 (1982) 129; REINA, M., «Per una introduzione alla enciclica Laborem Exercens»: *Aggiornamenti Sociali* 32 (1982) 656, 661; BIANCHI, G.-SALVI, R., «La coscienza operaia «di fronte» alla Laborem Exercens»: *Rivista di Teologia Morale* 15 (1983) 213 ss., LE n.º 11.

125. LE n.º 11, 1.º.

126. LE n.º 20; SHASCHING, J.L., *L'uomo e il lavoro nella Laborem Exercens*: *Rassegna di Teologia* 23 (1982) 5.

127. LE n.º 8, 10, 11, 12, 16; BUTTIGLIONE, R., o.c., 24, 85.

llará tanto más cuanto mayor sea la conciencia de trabajar el algo propio y en la medida en que la fidelidad y respeto a la verdad sea un valor que atrae y orienta en el trabajo, de manera que la donación recíproca que se hacen mutuamente unos trabajadores a otros estimula a respetar profundamente la humanidad de cada uno de ellos, tanto en las formas organizativas de la producción como en las relaciones con cualquiera de los instrumentos de trabajo sobre los que siempre debe predominar la dignidad humana de los trabajadores ¹²⁸.

La solidaridad entre los hombres del trabajo no es una pura teoría, sino una realidad profundamente sentida y unificante, como lo demuestra la reacción nacida en que el primer capitalismo agredió tal solidaridad. Esta agresión fue el desencadenante de un amplio y fuerte movimiento de solidaridad, que ha dado sus frutos a lo largo de los años conduciendo a cambios profundos, como reacción contra la degradación del hombre como sujeto del trabajo ¹²⁹.

Finalmente el trabajo nos abre a los creyentes a la transcendencia porque la primera fase del trabajo pone al hombre en relación con los recursos y con la riqueza de la naturaleza. Ve entonces el trabajo como reflejo de la misma acción del creador. Diríamos que la continúa en cuanto que desarrolla al hombre dándole satisfacción personal, estímulo para la creatividad y responsabilidad ¹³⁰.

Z. HERRERO

128. BUTTIGLIONE, R., o.c., 33-34, 123-124; AA.VV., *Laborem Exercens. L'enciclica sul lavoro nel commento di...*, Città del vaticano 1981, 135; AA.VV., *Il lavoro per l'uomo*, Città Nuova, Roma 1982, 55-67.

129. LE n.º 8 y 11; BUTTIGLIONE, R., o.c., 111, 113.

130. LE n.º 4, 5, 9, 10, 12.